Así, pues, John Hampden se convirtió en soldado a la edad de cuarenta y ocho años; formó y mandó un regimiento del Condado de Buckingham. Demostró gran valor físico, y fué esto—además de su capacidad para ver lo que hacía más falta que se hiciese—lo que fatalmente le condujo al Campo de Chalgrove.

Muchos hombres han hecho cosas más grandes para Inglaterra que John Hampden, pero algo de su modesto valor y talento, de su elevada integridad, de su reto al poder real en un momento tan crítico, conquistó la imaginación popular, probablemente es el único inglés a quien se ha llamado "el patriota". Parece como si jamás se hubiese considerado a sí mismo más que el segundo de a bordo, ya que en el Parlamento consideró primero a Eliot y luego a Pym como sus jefes, y durante los pocos meses de guerra sirvió lealmente a las órdenes del indeciso Essex. Aunque no hubiera muerto tan pronto, la dirección última habría pasado seguramente, como sucedió a su más duramente activo primo Oliverio Cromwell; fué Cromwell el que ejecutó a Carlos I y estableció una República que degeneró en una dictadura militar y nos llevó a la restauración de Carlos II al trono en 1660.

Pero Hampden contribuyó con algo permanente al desarrollo de la libertad política. Su gran dominio en la técnica de los debates parlamentarios debíase en parte a su facultad para distinguir lo esencial de lo accesorio y presentar claramente los asuntos importantes; su negativa a pagar la contribución de mar puso en claro de una vez para siempre que no podía permitirse al Rey levantar tributos sin consentimiento del Parlamento. Esta lección quedó firmemente impresa en la memoria de la nación, como otras muchas lecciones parecidas conforme la Revolución Inglesa (madre de la Revolución Americana y de la Revolución Francesa) continuaba su doloroso curso; haciéndose así parte del instinto político por medio del cual los ingleses buscan un camino que les conduzca a una mayor sabiduría y humanidad en el gobierno, y alcanzaron la seguridad de que ni la guerra civil, ni la monarquía absoluta ni la dictadura militar, podrían ser toleradas de nuevo en Inglaterra.

Tomado de "Inglaterra Moderna". Nº 86 págs. 17-20.

"No nos tragamos el bodoque"

Reportaje del Dr. Don Clodomiro Picado en el Diario de C. R. del 16 de diciembre de 1943

Cuando visitamos a Clorito no llevamos otra intención que la de escucharle. Tiene esa originalidad profunda de quien está habituado a las más severas disciplinas de laboratorio y cuyas capacidades de observación y análisis descubren siempre un ángulo insospechado a las ideas, cosas, aconteci-

mientos u hombres. Muchas veces basta una simple pregunta para que Clorito exprese una de sus opiniones que calan tan hondo que abarcan de una mirada todo el panorama social, que descubren los más recónditos distritos de nuestra vida diaria y señalan, con objetividad de investigador científico, los males que agobian a nuestra naciente nacionalidad.

Nuestra conversación recayó, primeramente, sobre las recientes declaraciones del senador norteamericano Butler, quien trata despectivamente a los países latinoamericanos considerándolos como mercenarios que buscan venderse caro a los intereses de los Estados Unidos, en el supuesto de que existiese ese propósito de parte del Gobierno del Presidente Roosevelt.

Los comentarios del doctor Picado los reconstruímos bajo la siguiente forma:

—No me extrañan ni censuro las arrogantes declaraciones del senador Butler. Son, en cierta forma, consecuentes con el pensamiento que inspira a gran número de hombres de negocios y a no pocos de los representantes del numeroso ejército de burócratas que el Gobierno del Presidente Roosevelt emplea en la tarea de conquistarnos "culturalmente". Cuando el otro Roosevelt, el temible Teddy, cazador de tigres, propulsó su política de "big stick", no era tan de temer la absorción de estas nacionalidades, porque la violencia del procedimiento levantaba la rebeldía y mantenía las resistencias de estos pueblos, como ahora que nos halagan "con hojas de plátano y un puñado de sal".

La discusión sobre la venta y la compra, entre los Estados Unidos y Latino América, no parece importarnos, ni les preocupa a ellos en el aspecto moral de que es un vil merchandaje; lo que viene a ser el quid de la cuestión es el "quantum", es decir, el precio, con regateo. Lo lamentable es que ese hábito de parte de quienes creen que todo puede ser objeto de transacciones, hechas de espalda a la dignidad de estas patrias, resulta ofensivo en grado superlativo, puesto que todo lo pueden comprar, menos nuestra amistad, porque la amistad no se compra ya que es un sentimiento superior a toda conveniencia y a todo cálculo. Para los que se venden, no queda más que hacer lo que los florentinos con los traidores, que les pagaban arrojándoles por encima del hombro la bolsa de los treinta dineros, pero sin dignarse a mirarles siquiera.

Y se engañan unos y otros: tanto los que como Butler creen que todo está al alcance de su oro, como los que se venalizan y piensan que han ganado algo, cuando en verdad lo que han hecho es echarse un dogal al cuello y entregar su heredad por un plato de lentejas.

Ahora bien, no considero motivo de indignación el hecho de que el senador Butler se haya producido con tan brutal franqueza. Lo que llama la atención es el revuelo que se ha armado en torno a un asunto que ha venido desenvolviéndose a la vista de todo el mundo. Ello me recuerda la anécdota del cortesano de Luis XIV, quien al ser amonestado por golpear a un adversario en presencia del rey, se defendió diciendo: "Ese hombre, Majestad, me traicionó en asuntos de familia, y lo perdoné; después me agravió de palabra y sin embargo olvidé sus ofensas; pero ahora, Sire, le he golpeado porque me dijo la verdad acerca de mí mismo y no pude contenerme más."

Y es que la verdad, amarga, desgarra, porque cala más hondo y toca la fibra sensible, como cuando se pone un dedo sobre una llaga.

Pero así como los hombres de la mentalidad de Butler que forman legión en los Estados Unidos, nos han dicho su verdad acerca del venalismo del criollo latinoamericano, sería gracioso y útil decir unas cuantas verdades de nuestras relaciones con los pródigos hijos del Tío Sam, sin que ello signifique tenerles mala voluntad o pagarles con ingratitud lo bueno que hayan realizado en favor de estas nacionalidades.

A mí se me ha hecho el cargo de ser anti-americano, por cuanto considero que la amistad no puede asentarse en el soborno, ni en el cohecho, ni en la servidumbre, ni en la mentira o en la lisonja servil. De mí sé decir que soy amigo de muchos norteamericanos que hacen honor a su raza por su hidalguía. Recuerdo a este respecto una anécdota de hace algunos años. Cierto día Mr. John M. Keith, trajo a mi laboratorio a un distinguido miembro de la junta administrativa del Jefferson Hospital de Filadelfia, quien me pidió que le cediera una serie de un cultivo de hongos, a cambio de que él, en su país, haría por mí lo que estuviera al alcance de su mano si yo así se lo solicitaba. Pasó mucho tiempo. Había olvidado ese episodio, pero la enfermedad de mi madre, amenazada de perder su voz, me hizo recordar aquel ofrecimiento y me permití recomendarla para que se la atendiera en aquella institución. Y aquel caballero norteamericano, no sólo correspondió con cortesía sino que no quiso que se cobrara un cinco por la internación, en el hospital mencionado, de mi querida enferma. Ese hombre entendía lo que es la amistad, esto es, un sentimiento recíproco, un sentimiento de mutua estimación y de intercambio de servicios, dentro del mayor desinterés.

Para personas así no queda sino sentir el más espontáneo y rendido agradecimiento. En cambio, es lacerante el ejemplo que en muchos casos han dado los personeros de las grandes compañías norteamericanas, que, como para mostrar su desprecio hacia nosotros, han venido a establecer en nuestra propia tierra las odiosas discriminaciones que en tratamiento y en la paga para los empleados y trabajadores, según sean costarricenses o sus compatriotas.

También está mi simpatía con el contribuyente norteamericano que aporta su sangre, su esfuerzo y su riqueza y que es objeto de explotación de ese innumerable ejército de expertos, de presuntos investigadores científicos, de agregados comerciales, literarios, agrícolas, hortícolas, y demás pintorescas denominaciones.

Duele el dinero que se gasta en misiones de estudio encargadas unas veces a "machitos" y otras a "machitas", que nos caen como llovidos del cielo, que vienen a cultivarnos, y que en un abrir y cerrar de ojos, se creen informados y disparatan a más y mejor sobre nuestra realidad social, cultural y agrícola. Mi simpatía es ilimitada para ese contribuyente anónimo, que tiene a sus hijos en los frentes de guerra, que paga los impuestos y sobre impuestos que la voracidad del esfuerzo bélico demanda, que está racionado y sobre-trabajado por el esfuerzo total por alcanzar la victoria; y siento sincera indignación por el despilfarro que representa esa burocracia ambulante, ese fomento de la

holgazanería internacional, esas interminables maniobras de los propulsores del panamericanismo de pega, que sólo ha servido para que nos divirtamos una y otra vez con las simulaciones, de expertos que ignoran todo lo concerniente a su especialidad, de misiones culturales encargadas a individuos que habría que desbastarlos y quitarles el pelo de la dehesa antes de admitirlos en la sociedad de personas cultas e inteligentes.

No menos malo es el otro aspecto del intercambio cultural, a base de lo que el escritor Menncken llamó "Universidades de alfalfa". Eso de que veamos salir a gentes nuestras desprovistas de preparación y que a las dos semanas vuelven tonsurados, especializados en las más peregrinas materias, con un doctorado bajo el brazo, con flamantes títulos para gozar del azul del cielo, pesar las estrellas o sondear las profundidades del océano, es algo que mueve a meditación. En eso nos desconocen absolutamente. No nos tragamos el bodoque. Bien está que allá crean en lo suyo, pero es lo cierto que nuestro temperamento es descreído y aun cuando aquí se diga que un fulano es "mariscal" en alta cirugía, nadie es capaz de confiarle un dedo para que le raspe una uña. No es que no agradezca lo que es una generosa disposición de dar lo que se ha quitado a los pobres contribuyentes norteamericanos, pero preferiría, que no existieran las dádivas, porque las dádivas crean servidumbre, y si uno, por extender una mano para coger lo que se le brinda, deja que le aten los pies o el cuello, es un soberano imbécil.

Creo que los hombres como Butler andan errados en muchas de sus apreciaciones gratuitas e injustificadas, pero hacen bien en señalar el hecho de que es dinero tirado al abismo el que se gaste en conquistar voluntades venales o en fomentar el farude, la simulación o el engaño. Por nuestra parte, debemos defendernos de esas entidades filantrópicas o de expansión agrícola, de carácter científico o cultural que se mueven a base de grandes sueldos y de ingentes gastos de la burocracia norteamericana, que hoy extiende sus dominios a este venturoso hemisferio de la paz. Lo que debemos pedir es que las compañías extranjeras no contribuyan al aniquilamiento de nuestras poblaciones como sucede con la United Fruit Cº, que ha infestado de paludismo a todo el país y a las compañías huleras que están propagando el mal producido por la picadura del papalomoyo, en forma alarmante.

Por lo que toca a nosotros, considero que nuestro interés futuro esencial fundamental, consiste y debe consistir en el mantenimiento del prestigio y en el fomento de los mercados para nuestro café de altura, mejorando cada vez más sus buenas cualidades. En ello estriba nuestra única esperanza, y nuestra mejor defensa.